

CAPITULO VII

ASTRONOMIA DE LOS HABITANTES DE URANO

El mundo que habitan los Urarianos es un Mundo demasiado pequeño, porque no es mas que 82 veces mayor que el globo terrestre; sus años son desordenadamente lentos; en efecto, cada uno de ellos es mas largo que 84 de los nuestros; sus estaciones son desigualísimas, é imponen á los habitantes inviernos de 20 años y de un rigor excesivo; ¿qué mas podemos decir? gira sobre sí mismo, no de Occidente á Oriente como todos los demas planetas, sino de Oriente á Occidente, lo que es una singularidad bien extraña, á pesar de la teoría ingeniosamente sencilla de un astrónomo aficionado que se obstina en no querer mirar los movimientos celestes mas que en un espejo (1).

De Urano al Sol se cuentan cerca de 732,750,000 leguas de 4 kilómetros, es decir 19 veces la distancia de aquí al astro del día: de esta distancia razonable resulta que este planeta recibe, en superficie igual, 360 veces ménos calor y luz que nuestro globo. Los que nos han seguido en las consideraciones precedentes sobre la ha-

(1) M. Charles Emmanuel.

bitabilidad de los planetas saben que ningun filósofo se ha encontrado apurado para conciliar este frio relativo de los planetas lejanos con la organizacion física de los séres que los habitan; saben que es un gran error tomar la temperatura média de la Tierra por el cero de la escala termométrica de los Mundos, y que en cualquiera discusion astronómica que sea, nunca se debe tomar nuestro globo por punto de comparacion absoluta, sino solamente por punto de partida. No habiendo nada que nos autorice á creer que los habitantes de Urano vivan relativamente en un medio mas frio que lo es el de la Tierra para nosotros, y al contrario, sobrándonos motivos para suponer que la accion de la naturaleza se verifica siempre en correlacion necesaria con los elementos existentes y con las fuerzas dominantes, y asimismo, el que existe una solidaridad estrecha y universal que enlaza armónicamente todos los séres unos á otros; tenemos derecho de afirmar que los hombres que han nacido en Urano se hallan muy bien en su país, miéntras que se ahogarian al llegar á la Tierra, aunque fuese en Siberia.

La Prensa científica ha intentado, en 1864, probarnos que, entre las causas mas propias para aumentar la temperatura média exterior de un globo, el calor central debia ejercer un papel muy importante en la economía general del planeta. Existe este papel, y hemos sido los primeros en anunciarlo, pero no es tan importante como puede parecer á primera vista. Desde los bellos estudios de J. B. Fourier sobre el calor terrestre, sabemos de un modo indudable, que la influencia del calor central del globo sobre la temperatura de la superficie es hoy inapreciable. Hace algunos millones de siglos, que la accion de este calor tenia cierta intensidad, tanto mas elevada cuanto mas nos remontamos hácia el origen ígneo del planeta; pero desde aquellas remotas épocas esta accion ha llegado á ser enteramente insignificante, como lo es hace tiempo, y puede probarse por mil hechos tanto en el órden físico como en el órden astronómico. No es este el lugar de hacerlo; y nos contentaremos con recordar que la duracion del movimiento de la Tierra está íntima-

mente ligada á la temperatura média del globo; que desde Hiparco, es decir desde hace dos mil años, el movimiento de la Tierra no se ha acelerado la centésima parte de un segundo; y que por consiguiente, la temperatura média del globo no ha disminuido $\frac{1}{170}$ de grado.

Todos los experimentos termológicos demuestran con-
testes que la influencia del calor solar debe figurar en
primera línea en el capítulo de la temperatura en la su-
perficie de los globos, pero que esta influencia varía
entre límites muy lejanos, segun la diafanidad de la
atmósfera, segun el poder calorífico del suelo, segun la
naturaleza de los medios, su capacidad para el calor, el
estado magnético é higrométrico, etc., y por último,
segun otras mil causas extra-terrestres de las cuales no
podemos formarnos la menor idea.

Deciamos que hay 732 millones de leguas del Sol á
Urano. El Sol, este rey brillante del dia, es bien modesto
á aquella distancia, y los « torrentes de luz que vierte
sobre sus oscuros blasfemadores » no nos ahogarian en
su deslumbrante esplendor; ¡ estamos aquí tan cerca del
trono! Estamos familiarizados con el astro glorioso, y
respiramos, sin saberlo, en su auréola resplandeciente.
Preguntad mas bien á los habitantes de Urano.

Si los astrónomos uranianos saben que nuestra tierra
existe (lo que dudamos mucho), no han podido darle
sino un nombre en relacion con su posición sobre el Sol.
¡ Se necesitarian telescopios tan poderosos para distin-
guir este pequeño punto! Lo mejor que podemos creer
para la fama de nuestro Mundo, cerca de las Facultades
de ciencias de Urano, es que lo hayan distinguido á
fuerza de observaciones minuciosas en sus pasos sobre
el Sol, y que le hayan puesto nombres muy apropiados
de *Pequeña-Mancha*, *Escoria*, *Punto-Negro*, *Grano-de-
Polvo* ú otros nombres ménos honoríficos todavía que es
inútil escribir. Distan estos nombres pocos agradables
de los títulos pomposos que á la vez dimos á Urano en
la época de su descubrimiento, desde los de Neptuno,
de Cibeles y de Astrea, nombres celestes hasta el Geor-

gium Sidus, nombre demasiado terrestre para los Es-
tados del cielo. Si se ha reconocido nuestro movimiento
de vaiven regular que se efectúa 84 veces en cada año
de Urano, se habrá colocado quizá á la Tierra en el rango
de satélite del Sol, y los Lescarbault de aquel país habrán
aceptado, como nuestro amigo d'Orgères, algunos nom-
bres mitológicos de la familia de Vulcano ó de los
Cíclopes. Es indudable que, para los sabios de Urano,
la Tierra no puede ser mas que un Mundo abrasado; y
si algún loco demasiado atrevido imaginase que podian
existir aquí seres vivientes, y hasta hombres inteligentes
en cuyo cerebro fuese el asiento de las nobles facultades
del alma, aún no podría desechar la idea dominante de
que todos los cerebros de la Tierra son cerebros que-
mados.

Ya que tocamos el punto de la visibilidad de la Tierra
á bordo de un planeta lejano, debemos hacer notar un
error muy natural en que han caído gran número de
escritores. Cuando un pensador, un poeta, un filósofo,
se eleva mentalmente á la contemplacion del cielo estrellado,
cuando se imagina dejar á nuestro hemisferio
dormido, y subir, durante la noche oscura y silenciosa,
hasta los Mundos que centellean en la inmensidad, la
impresion que le domina sin notarlo, es la de la noche
y del silencio. Desde entónces, si, llegado al término de
su viaje etéreo, vuelve atras y procura en su pensa-
miento describir el aspecto que deberá presentarle la
Tierra de donde se ha alejado, la impresion primera
subsistirá, y nuestro viajero nos describirá un Mundo
oscuro perdido en la oscuridad inferior. Este calor local
no falta nunca. Léase el *Viaje catártico* del P. Kircher,
véase á los que le han precedido como á los que le han
seguido, y generalmente se hallará el testimonio en que
el viajero ficticio en cuestion habrá faltado á la primera
de las precauciones oratorias, á la verosimilitud, qui-
tanto de esta manera la ilusion desde la primera página.

Sin embargo se puede ver por la simple inspeccion
que cuanto mas se aleja uno de la Tierra, mas parece
ésta acercarse al Sol, hasta que por último se pierde en
su luz, y que, en ningun caso, — á ménos de no diri-

girise hácia el Sol lo cual seria muy difícil por la noche, — la Tierra no puede hundirse en la oscuridad del espacio Así es que desde Saturno, la Tierra no parece mas que una pequeña é insignificante mancha del Sol.

Una comitiva de ocho satélites acompaña á Urano en su revolucion anual, satélites arrastrados por un movimiento retrógrado de Oriente á Occidente alrededor del planeta. La primera de estas lunas está situada á 51,000 leguas del astro planetario, y ejecuta su revolucion mensual en dos dias y medio; la última está alejada mas de 723,000 leguas, y no emplea ménos de tres meses y medio en efectuar su revolucion. « Dios creó nueve luminares para alumbrar esta Tierra; el primero para que sirviese al dia, los otros ocho para el servicio de la noche.» Los partidarios de las causas finales humanas creen ver confirmada su opinion por los pequeños servicios que estos ocho últimos luminares prestan á aquel astro, desheredado á sus ojos de los beneficios de nuestro hermoso Sol.

El aspecto de la bóveda estrellada es el mismo para los habitantes de Urano que para nosotros; las constelaciones presentan las mismas figuras; la disposicion general del cielo es idéntica; hemos manifestado, en el capítulo relativo á Vénus, que para encontrar un cambio de perspectiva en la distribucion de los astros en el seno de la extension, seria preciso trasportarnos á la circunscripcion de otro Sol. El espectáculo del cielo es el mismo, cualquiera que sea el planeta que se habite en nuestro sistema.

Ciertos escritores, deseosos de colocar el infierno en el cielo, contraste singular, pero inevitable, han emitido la opinion de que Saturno era el presidio del Universo; otros han tomado á los cometas por tipo de mansiones inhospitalarias y los han presentado como astros de condenacion; á todas estas teorías pasaremos revista en nuestra ojeada sobre los Mundos imaginarios. Es extraño que no se hayan hecho suposiciones calumniosas sobre Urano, el cual merecia mejor que Saturno esa desfavorable calificacion, y que seria mas sólido que todos los cometas juntos para resistir teorías de este gé-

nero. Léjos de fijarnos en una idea tan lúgubre, creemos preferible elevarnos á la concepcion de la Naturaleza, de sus medios fecundos, de su infinito poder, y dar por supuesto que, á pesar de la inferioridad aparente del mundo de Urano y de sus condiciones de habitabilidad, vive en su superficie una poblacion superior á la nuestra así en el orden fisico como en el orden intelectual.